

das. Si el gobierno turco no pone una argolla en el cuello de todos sus funcionarios, es seguramente por economía.

Una de las causas mayores de mortalidad en Oriente es la medicina del país. Los doctores árabes no conocen mas que un remedio para todos los males: la sangría. Apenas se siente uno indispuerto, se le sangra: si el enfermo se siente peor, se le vuelve á sangrar; al tercer día se le sangra todavía; al cuarto día se continúa sangrándole; al quinto día se le entierra. «¡Dios lo ha querido!» dice el médico. En Damasco la población, linfática por lo general, está diezmada de esta manera. El sultán, sin embargo, ha fundado una escuela de medicina, donde se enseña cirugía, anatomía, botánica y química. Como yo mostrase mi asombro, delante de un médico del ejército otomano, por la ignorancia de sus cofrades, me dijo él: «Es muy natural; los alumnos no entienden mas que el turco, y S. A., á fin de acostumbrar á sus súbditos al estudio de los dialectos occidentales, ha ordenado que las lecciones se den exclusivamente en francés. Cuando se ha estudiado durante dos años una ciencia de que no se tiene la menor noción, en una lengua, de la cual no se entiende ni la mas insignificante palabra, se recibe el grado de doctor.» Lo mas extraño es la poca confianza que tienen los árabes en la ciencia de los europeos. Los amigos de un sacerdote, al cual, por una indisposición, un médico francés habia ordenado una cataplasma, y una infusión de grama, viendo por un lado un agua rosa y amarillenta, y por otro una pasta espesa y nutritiva, decidieron por unanimidad que, si los remedios eran convenientes, el doctor se habia equivocado respecto de su aplicación, y en consecuencia derramaron el litro de grama sobre el estómago del enfermo y le hicieron comer su cataplasma. El enfermo murió ahogado por la linaza.

La iglesia maronita, bien que sometida al papa, reconoce por jefe supremo á un patriarca, que lleva el título de patriarca de Antioquia. Hoy día, es la mayor autoridad del país cristiano. El clero, clero influyente si alguna vez lo ha habido, se divide en dos clases distintas. El alto clero, educado en las escuelas de la propaganda, en Roma, instruido, distinguido, poco numeroso; y el bajo clero, escogido entre los fellahs, y que sigue siéndolo. El primero elegante, semi-italiano, compuesto de célibes; el segundo pobre, enervándose con el opio, y usando en grande escala del derecho que tienen los sacerdotes maronitas de casarse. Sin embargo, la pureza de sus costumbres, la sencillez de su vida, las virtudes verdaderamente cristianas que practica, el candor con que lee los Padres de la Iglesia, sin encontrar, no diré un motivo de duda, sino de reflexión, los socorros que prodiga á los desgraciados, la hospitalidad que no rehusa jamás á los viajeros, le hacen con fre-

cuencia venerable y digno de la misión que ha sido confiada en la tierra á los ministros de Dios. Yo me acordaré siempre de un viejo kuri (1) que, ocupado en liar un cigarrillo con una hostia, me decia ofreciéndome para cenar peces secos y un pan árabe: «Yo te recibo como te recibiría San Pedro. Los tiempos no han variado: siempre es Judas quien tiene la bolsa.»

Los sacerdotes del Líbano están hechos para sus ovejas: semejante rebaño no podría tener otros pastores. En cuanto á las gentes del país, los rudimentos de la religión que les ilumina no les han enseñado á conocer mas que á Dios Padre, San Jorge y el patriarca, si bien ignoran cuál de los tres manda á los otros dos. Verdad es que al ver el modo cómo marchan los negocios del país, sin duda inclina á creer que es el patriarca.

## IV.

Excavaciones de Sur y de Saida.—Los buscadores de oro.—Los refugiados italianos.—Condición de las mujeres.—Ceremonias públicas.—Los maronitas.

En enero las excavaciones se emprendieron en Saida, donde se ejecutaron, en gran parte, bajo la dirección del doctor Mr. Gaillardot. Saida, la ciudad madre de todas las ciudades fenicias que se estienden primero por Siria, y despues por casi todas las costas del Mediterráneo, no ha conservado en la superficie del terreno ninguna huella de su primera edad. Las únicas ruinas que se han encontrado pertenecen á la época de las cruzadas, á los tiempos de los romanos ó á la dominación bizantina. Por fortuna una llanura, situada al Este de la ciudad, encierra una de las mas bellas necrópolis que la antigüedad nos ha dejado. Cerca de una caverna, llamada *Mugharet Ablu* (caverna de Apolo) se encontró en 1855 el sarcófago de un rey de Sidon, Echmunazar, cuya lápida ofrecia la primera y mas bella inscripción fenicia, descubierta en Fenicia. Hacia esta necrópolis es hacia donde se han dirigido los mayores esfuerzos de los trabajadores: fue casi enteramente escombrada y se puede afirmar hoy día que ninguna otra inscripción fenicia se ha encontrado. En cambio, este trabajo ingrato hizo descubrir otro sarcófago lleno de interés. De la misma forma que el de Eschmunazar, es decir, compuesto de un estuche que concluye en su estremidad superior con una cabeza enorme, tenia en el otro extremo dos brazos esculpidos á lo largo del estuche mismo, y modelados de un modo admirable. Mas lejos y al Este de la caverna, en un campo, se encuentra un gran número de fosas sepulcrales. La roca está trabajada como el interior de un hormiguero.

Las tumbas, dice M. R., son de estilos muy di-

(1) Cura.

versos; se pueden dividir en tres clases: 1.ª tumbas rectangulares, abiertas en la superficie del suelo por un hoyo de 3 ó 4 metros de longitud y 1 ó 2 de ancho. En el fondo de las dos pequeñas caras de este hoyo se abren dos puertas tambien rectangulares, de la misma anchura que la cara pequeña, dando entrada á dos puertas tambien rectangulares en todas sus dimensiones, donde están colocados los sarcófagos; 2.ª tumbas elevadas que ofrecen nichos laterales para los sarcófagos, y en la parte superior, respiraderos redondos como los que tanto nos han llamado la atención en Djebel; 3.ª tumbas pintadas y decoradas segun el gusto de la época romana, con inscripciones griegas.»

No hay una sola de estas sepulturas que no esté abierta, ni uno de sus sarcófagos que no tenga señales de violencia. Las tumbas rectangulares parecen las mas antiguas: en estas, todo está hecho para la muerte. Los que las construyeron no parece que se cuidaron del pasajero ni del caminante. Las tumbas cimbradas ofrecen sobre todo sarcófagos de barro cocido ó simplemente grandes agujeros, donde se colocaba el cadáver; la fosa pintada, contiene sarcófagos en forma de cuba, á veces adornados de ricas esculturas; la fosa rectangular, los tiene en forma de momia como los descubiertos en 1855. Se encuentran siete de esta especie.

La influencia del Egipto, que se puede notar en toda la Fenicia, es todavía mas visible allí que en los alrededores. El arte fenicio, que parece no haber tenido jamás una grande originalidad, se inspiró primero en el arte egipcio, despues en el arte griego y luego en el arte romano. Estos sarcófagos parecen pertenecer á una época moderna, es decir, como lo escribia M. R., «á aquel largo período que se estiende desde el fin de la dominación asiria hasta los Seléucidas. Este período fue para la Fenicia una época mas brillante en cierto sentido que su período autónomo. Dueños de toda la marina de Persia, los fenicios llegaron á un grado de riqueza asombroso. Aquella fue tambien la época en que la imitación del Egipto estuvo mas en boga.»

Las excavaciones dieron otro resultado, el de descubrir una necrópolis antigua.

En Tiro, presentaron quizás mas dificultades que en todos los demás puntos: ninguna ciudad que ha representado un gran papel en la historia, ha dejado menos rastro que ésta; lo poco que se encuentra es del tiempo de los sarracenos ó de las cruzadas: todos los monumentos antiguos han desaparecido uno tras otro. El último sitio que sostuvo la convirtió en un inmenso monton de ruinas, de donde se han sacado despues, como de una cantera, materiales para sus casas actuales y para las construcciones de las ciudades mas dichosas de Saida y de San Juan de Acre. Los

alrededores de Sur debian ofrecer grandes compensaciones; casi enteramente desiertos desde muchos siglos, han podido conservar la antigüedad intacta. Se creia generalmente que la necrópolis de Tiro estaba situada á unas 6 leguas de la ciudad, en Adlun. Las tumbas encontradas en la isla misma, y la multitud de sepulturas que encierra la altura del Avetino, situada al Este, destruyen esta opinion. Las tumbas están desgraciadamente desocupadas ó destruidas: la isla de Tiro, que tambien se suponía que habia estado medio sumergida, no ha sido nunca mas grande que hoy día: la costa occidental, que ofrece el mismo nivel que en los tiempos antiguos, y los escombros que se encuentran en la playa lo atestiguan. Las ciudades de la época fenicia, ocupaban espacios en que apenas encontraríamos actualmente el solar de algunas casas.

Las excavaciones practicadas en la tumba de Hiram fueron provechosas. El sepulcro de Hiram es un monumento pesado, bastante feo, formado de piedras colosales y que se remonta á una alta antigüedad. Se habia creído notar á su alrededor los vestigios de una necrópolis. Aunque se encuentran algunos sarcófagos, abundan sobre todo las pilas, los lagares y las ruedas de molino.

Los cementerios no estaban como en la actualidad en sitios apartados; las casas estaban unidas á las tumbas; los muertos estaban mezclados con los vivos. Separando algunas ruinas de poca importancia, apareció un mosaico de una admirable composición. Era el pavimento de una pequeña iglesia bizantina. «Una inscripción, dice M. R., nos demostró muy pronto que la iglesia estuvo consagrada á San Cristóbal, bajo el chorobispo Jorge y el diácono Ciro, á nombre de los arrendatarios, de los labradores y de los campesinos de la comarca.»

Oum-el-Awamid, situado á tres ó cuatro horas al Mediodía de Sour, es quizá el punto de la Siria donde la antigüedad fenicia está mejor conservada.—«Tres puntos, dice M. R., llaman desde luego la atención: 1.º un acrópolis dominando la llanura y del cual se destacan dos columnas de orden jónico; 2.º una construcción egipcia, situada á algunos minutos de allí; 3.º un gran número de casas cuya construcción hace á M. Vogué recordar la de los monumentos ciclópeos.» Todas las construcciones de la acrópolis llevaban señales de los mayores desórdenes: ninguna columna estaba en su puesto. La construcción egipcia fue en seguida concienzudamente estudiada: sobre los escombros que la cerraban se veian todos los emblemas tomados del Egipto: globo alado cercado de serpientes, etc., etc. En medio de los llamados monumentos ciclópeos, hizo la misión uno de sus mas importantes descubrimientos, el de las tres inscripciones fenicias. «Una de estas inscripciones, dice



M. R., está perfectamente conservada: es un voto de un tal Abd'Elim, hijo de Mathan, hijo de Abd'Elim, hijo de Baalschamor, al dios Baal-Schemesch (Baal-Sol). El otro es un voto de un tal Abdeschmun á Astarte. El tercero se lee en el borde de un objeto elíptico, ahuecado y dividido en la parte cóncava por rayos que parten de un mismo foco.»

El nombre antiguo de Oum-el-Awanid está rodeado de misterios; todo lo que se puede suponer de la historia de esta ciudad es que debió renovar los monumentos de su acrópoli en la época de Alejandro, cuando el gusto griego comenzaba á prevalecer en Siria, y que fue destruida en tiempo de los Seléucidas. Sur no es mas que una pequeña ciudad habitada



Monumentos fenicios de Tortosa.—De fotografía.

por pescadores. Saida ha conservado mas importancia; sus habitantes fanáticos y medio locos constituyen una de las poblaciones mas desagradables de la Siria. Entre ellos se encuentra una especie de sabios que hoy dia no se ven mas que en Sidon: los alquimistas. Los buscadores de oro, en efecto, son numerosos: los unos perseguidos por el antiguo sueño que atormentaba á los sabios de la edad media como una pesadilla, buscando la piedra filosofal; los otros, menos instruidos, pero mas positivistas, violan las tumbas y despojan á los muertos.

En Djebel, un árabe llamado Jacob-al-Kuri podia pasar por el tipo del buscador de oro. Por sus pocas carnes no se le podia comparar mas que con un esqueleto. Su hija, cuyos ojos hacian el efecto de dos

obleas negras pegadas en pergamino, escarbaba con él el polvo humano en el fondo de las tumbas. No podia un sacerdote de la muerte echarse un acólito mas lúgubre. Jacob no salia de las necrópolis: algunas veces sin embargo se le veia con un azadon sobre el hombro en el campo en busca de un cadáver, como el gorrista buscando una comida. De repente se paraba, husmeaba el rastro, y se ponía á cavar durante una hora ó dos: el cadáver se encontraba allí. Solo una cosa se escapaba á Jacob, cosa esencial para un anticuario: la fecha del entierro de su víctima. Creia caer sobre un patriarca, y no encontraba mas que un contemporáneo. Yo le he visto, despues del trabajo mas pertinaz, encontrar algunos antiguos conocidos ó íntimos amigos á quienes habia olvidado.

La Italia, despues de cada una de sus tormentas políticas, arroja sus proscritos á las costas del Mediterráneo, como éste las algas despues de una tempestad. Muchos de esos náufragos políticos hallan en

Siria una roca de asilo. Uno de ellos, arrojado á El-Batrun, se dedicó allí á enseñar á los niños su lengua materna, que hablaba bien, y el francés que ignoraba completamente. Otros dos habian llegado á Djebel.



Puerta del Kalat-el-Hosn.—De fotografía.

El primero, marino de circunstancias, caballero cuando era menester, doctor en caso de necesidad, habitaba el pais hacia ya veinte y dos años. Era un anciano de vigotes blancos, que se daba mucha importancia, baladron, pobre como Job y altanero como Pyrgopolinices, italiano hasta la médula de los huesos, y

en el fondo un hombre de bien. Le ví por primera vez en las márgenes del Narh-Ibrahim (rio de Adonis). Se habia colocado encima de la yerba un magnífico almuerzo, compuesto de tres aceitunas, una galleta y dos naranjas. Eramos seis, y con el hambre que yo tenia era capaz de comerme todo lo que aun quedaba



de Fenicia. Francesco, el italiano, apareció en lo alto de un puente árabe, vestido con una levita azul, un pantalon amarillo, cuyas estremidades se perdian en un par de botas rojas, cubierta la cabeza con un cuffi de mil colores, y muy embarazado en sus movimientos por tres pares de pistolas, un largo sable, una carabina y algunos puñales. Venia á cumplimentarnos por nuestra llegada. Despues de haber servido en Turquía, en Egipto, en Grecia, al caimacan, al bajá, á Mustafá Gannum, á Yussef Karam, Francesco fue adoptado por la compañía. En la actualidad, que se encuentra huérfano, su situacion debe de ser muy precaria. A pesar de su sable, sus puñales, sus fanfarronadas y su charlatanismo italiano, merece la estimacion y la simpatía de cuantos le han conocido. El otro italiano daba lecciones al hijo de un tendero del bazar, el cual le daba cuarto y comida. «No hagais caso de ese buen hombre, decia hablando de su patron, porque es un zafio.» El patron se inclinaba en prueba de asentimiento.

Se dice que es mala suerte la de los musulmanes, lo que me parece una paradoja que á fuerza de repetirla ha llegado para nosotros á ser una verdad. Si el Oriente se hallase devorado por una actividad análoga á la nuestra, si tuviese nuestra necesidad de movimiento, una existencia tranquila, solitaria, encerrada entre cuatro paredes blancas, seria en efecto el peor de los destinos; pero holgar, ponerse á cubierto del sol, fumar, pasar del sueño al anonadamiento, de la vida á la vegetacion, es la única felicidad que comprenden los orientales. En los harenes, las mujeres gozan de esta felicidad como sus maridos, hallándose además libres de los quebraderos de cabeza de la política, de los disgustos que causa una numerosa familia, del peligro de morir en la guerra. Las mujeres del pueblo, las labradoras participan de las fatigas de sus maridos, trabajando en los campos y llevando fardos. No se conducen ni peor ni mejor que entre nosotros. Allí, como aquí, es fácil á una mujer permanecer honrada, con tal que tenga que comer. Desde el fondo de los harenes las mujeres gobiernan la Turquía y el Oriente. Su papel es el de los titiriteros; invisibles para el público, hacen bailar delante de él las figurillas. Ellas son las que inspiran el odio á la Europa y escitan el degüello. Sin ellas el Oriente no habria sido jamás fanático.

Las ceremonias públicas tienen entre los cristianos un carácter particular. La alegría que se debe manifestar en los casamientos, el dolor que se debe manifestar en los entierros, todo está convenido de antemano y dispuesto como un drama que se va á poner en escena. He dicho que el Oriente era el pais de las fórmulas. Hay frases formadas espresamente para hablar á la futura como para llorar al padre; se recitan de memoria y sin olvidar una palabra cuando la

ocasion llega, siendo lo mas curioso, que ni una sola vez ha sucedido que una persona se haya equivocado. Convenido el matrimonio, el prometido va á la casa paterna á buscar á su prometida, y permanece en esta casa mucho tiempo con muchos amigos. Con frecuencia tiene tan poca gana de casarse como la jóven de quedarse soltera. Ella sin embargo resiste; la llevan arrastrando á la morada de su esposo, á la cual llega montada en un caballo ricamente enjaezado. Junto al umbral de la puerta le dirigen un sermón relativo á los deberes de una buena esposa, de que rara vez se aprovecha. El marido pasa el resto de la noche bebiendo con sus amigos, y la esposa conversando con sus compañeras.

Los entierros dan tambien motivo á demostraciones estrepitosas. Se reúne la multitud alrededor del cadáver, se echa encima de él, le acompaña hasta la tumba por ceremonia, y allí, por respeto humano, se baten los unos contra los otros como Laertes y Hamlet. Acababa de morir un gran jeque metualí de las inmediaciones de Nazaret. Si bien en vida era aborrecido de todo el mundo, asistieron á sus funerales diputaciones de todas las aldeas del pais. El jeque estuvo tres dias de cuerpo presente, y cada vez que las gentes de su casa veian venir á lo lejos un nuevo grupo, cogian el cadáver y salian con él á recibir á los recién venidos. Estos prorumpian entonces en una larga serie de reconvencciones:

«¿Por qué habeis dejado partir á nuestro padre? ¡Era nuestro padre! ¡Devolvednoslo!»

Los otros respondian:

«Ha querido partir, hemos cedido á su voluntad.» etc.

Despues de algunas preguntas y respuestas por el estilo, se empeñaba una lucha en que los unos cogian el cadáver por los pies, los otros por la cabeza, y tirando todos exclamaban:

«¡Era nuestro padre... nos pertenece!»

En estas ocasiones solemnes el difunto no es mas que una cosa que sirve para hacer ceremonias. Por último, la multitud regresaba á la poblacion, dándose todos del brazo, y siempre con el difunto jeque. Esta escena se renovaba diariamente al menos diez veces.

Recuerdo un entierro que ví en Djebel entre los cristianos. El muerto, hombre de unos cincuenta años, vestido con sus mejores trages, tenia en torno suyo, formadas en círculo, á las mujeres de la familia ocupadas en llorarle. Toda la ciudad desfiló por delante de la cámara mortuoria y asistió á aquel dolor estrepitoso, como asistimos nosotros á un espectáculo teatral; aquello era en efecto una comedia, pero una comedia mal representada y de mal gusto, un certámen de lamentos, de alaridos y de contorsiones. La pobre viuda hacia esfuerzos inauditos para extraer de sus ojos un llanto que se obstinaba en no salir. En-

tonces reemplazó con flores retóricas las lágrimas ausentes.

«¡Oh alma mia! ¿por qué me has abandonado? ¿Qué te habia yo hecho ingrato? ¿Por qué no has querido que partiese yo en tu lugar?»

Desgraciadamente para ella, la atencion de la asamblea se hallaba toda absorbida por su hija, cuya voz era mas fuerte. Los ricos, que no siempre tienen lágrimas á su disposicion, alquilan las de algunas plañideras, que lloran por la familia á tanto por hora.

De todas las poblaciones de Oriente es seguramente la cristiana la que mas porvenir tiene. Es civilizabile hasta el último extremo, ama á la Europa, y llama al progreso con todos sus votos. No le falta mas que una cualidad esencial, y es el sentido comun. La razon se halla completamente desterrada de Oriente. Los cristianos, guiados únicamente por su imaginacion infantil que ninguna educacion ha regularizado, no tienen ni voluntad, ni conviccion, ni energía. Adoptan un plan de conducta, y al dia siguiente lo abandonan. Divididos entre sí por cuestiones pueriles, aumentan sin cesar estas escisiones en lugar de ahogarlas, adhiriéndose en todo á la forma porque les falta el fondo. Su falta es su ignorancia. Es una raza jóven, tímida, porque carece de convicciones y de jefes, débil é hipócrita porque se halla oprimida; astuta y sagaz, porque es inteligente. La carencia de razon no escluye la inteligencia, y prueba de ello son los maronitas. Por falta de instruccion su desarrollo moral será á la edad de diez años como un fruto que no hubiese tenido bastante sol para madurar; se hacen viejos y quedan niños.

## V.

Cercanías de Djebel.—La música.—El carnaval.—Marcha.— Llegada á Tortosa.

Los que, siguiendo á lo largo de la costa el sendero trazado, se contentan con visitar los cedros, el convento de Anthousa y el seminario de Ghazir, no conocen el Líbano. Es necesario recorrer el monte en todas direcciones, trepar por sus escarpadas lomas, ir errante por sus soledades, en que no hay abierto ningún camino, para descubrir sus mas admirables paisajes. Ya se le ve risueño, ya desierto, variando de fisonomía á cada instante. El proverbio árabe dice: El Líbano lleva el invierno en la cabeza, el verano en los pies, el otoño en los costados y la primavera en los hombros.

A últimos de febrero fui á ver uno de los mas bellos sitios de las cercanías de Djebel, que es Maschnaka. El valle de Narh-Ibrahim, que se sigue para llegar á él, estrecho y tan profundo como elevado es el Líbano, parece una cortadura practicada en la montaña con un cuchillo. Un rio, un torrente lo ocupa todo de un

lado á otro. Apenas se le distingue bajo los pies, perdido entre las hojas, las ramas entremezcladas de los árboles muertos y las rocas de granito que obstruyen su lecho. Un bosque inmenso cubre las dos laderas del valle; por la mañana y por la tarde flotan en él algunas nubes que roban á la vista algunas de sus partes, ya remontando el curso del rio, ya descendiendo hácia el mar. Los peñascos, cortados á pico, tienen el aspecto de gigantescas trincheras, y la selva, con sus batallones de árboles que trepan por las laderas erguidos y apretados, parece un ejército que arma al brazo se dirige al asalto. El Mediterráneo, que se percibe al Oeste en lontananza, completa este incomparable paisaje, que dominan las nevadas cimas del Djebel-Sannin.

Maschnaka no es mas que un monton de ruinas; su nombre en árabe quiere decir Horca. Parece que allí se ahorcaba entre dos bajo-relieves, esculpidos en otro tiempo en la roca. ¿Pero á quién colgaban en aquel lugar solitario y desierto? Hé aquí lo que no he sabido nunca. Algunos metualis habitan las colinas circunstantes. Un año atrás un cura cristiano tuvo la estraña ocurrencia de establecerse en Maschnaka con cuatro gallinas, dos mujeres y un asno que llevaba el equipaje. Con escombros antiguos y bonigas de vaca que robó á los metualis se construyó una especie de casucho dividido en tres piezas. La primera servia de corral, la segunda de dormitorio y la tercera de cocina en todos los dias de la semana y de iglesia el domingo. El cura decia regularmente una misa, á la cual asistian siempre las dos mujeres. No se estableció allí para convertir á los metualis, á los cuales no hablaba nunca una palabra, ni tampoco para cumplir un voto, y mucho menos para retirarse del mundo, sino pura y simplemente para tener en verano agua fresca. Sus vecinos los metualis aguardan una ocasion oportuna para cortarle la cabeza.

En la antigüedad, delante del sitio en que el kuri maronita ha levantado su casa, habia dos edificios. De uno de ellos quedan las cuatro paredes, y del otro una base cuadrada. A la izquierda se encuentran algunas tumbas, cuyas macizas losas, talladas groseramente, están fuera de su asiento, y cerca de ellas hay tres rocas enormes, en que, no obstante las mutilaciones que han sufrido, se distinguen aun bajo-relieves entre pilastras de estraños capiteles. Mas allá yace en el suelo un altar, que tiene en una de sus caras una cabeza groseramente trabajada. ¿Qué era en otro tiempo Maschnaka? Los espesados restos dan fe de su existencia, pero no dicen su nombre, ni revelan su historia.

En Semar-Gebail, situada á algunas horas al Norte de Byblos, existe una antigua fortaleza que contiene ruinas de todas las edades, gigantescos fosos abiertos en el granito, escaleras de piedra, algibes,